



El espacio artificial en que vivimos es para nosotros "lo natural"

Hacer CIUDAD

Arquitecto : RENE MARTINEZ LEMOINE *

En toda latitud, en todo tiempo, la ciudad ha sido el resultado de la acción y del ingenio del hombre. Innumerables (¿no sería mejor decir infinitos) constructores, incansablemente, la están formando. La hacen crecer y multiplicarse, la transforman, la edifican o la destruyen, la embellecen o la degradan, en una labor cotidiana y sin fin.

Todo este quehacer se expresa finalmente en la creación de un entorno físico estable, un envolvente material que llega a constituir el trasfondo obligado de la vida de muchos millones de habitantes del planeta. . .

Rara vez nos damos cuenta, sin embargo, que este entorno es una obra de creación, un ambiente "construido" y, por lo tanto, artificial. Para nosotros, habitantes de ciudades, ciudadanos o urbanitas, constituye nuestro "ambiente natural". Rara vez nos detenemos a pensar que alguien, alguna vez, trazó posiblemente unas líneas en una lámina de papel, barajó alternativas y terminó por adoptar una decisión, buena o mala, pero que en último término se concretó en forma de una construcción perdurable en el espacio. Y, así, de la suma de acciones y decisiones humanas, no necesariamente racionales ni justificadas, se va formando el vasto, heterogéneo y complejo espacio construido que llamamos **ciudad**.

A través de las edades, y en virtud del alto grado de permanencia de sus estructuras, levantadas con propósitos diversos y por

* Arquitecto, Universidad de Chile; Planificador Urbano, Universidad de Londres; Profesor Investigador Departamento Planificación Urbano - Regional. Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile.

diversos constructores, la ciudad se va consolidando y convirtiéndose en la muestra viva del pasado y de la evolución cultural de sus habitantes.

Desde este punto de vista, la ciudad constituye la mayor cantidad de obra humana acumulada, y toda la pesada carga de elementos estables y perdurables que constituyen "lo urbano" (casas, edificios, pavimentos, postaciones, instalaciones, puentes, carreteras . . .), pasa a formar parte de una experiencia diaria, que no se cuestiona, que no es "aparente" que muchas veces ni siquiera nos detenemos a observar; pero que **esta ahí**, o que simplemente **es**.

El espacio artificial en que vivimos es para nosotros "lo natural". Tan natural como la montaña para el minero, el litoral para el pescador o el ámbito rural para el campesino. En él nacemos y nos desarrollamos, realizamos nuestras actividades, nos reproducimos y relacionamos, dejamos o no memoria de nosotros mismos, gozamos, sufrimos y soñamos. Así, la ciudad es un ecosistema, una biosfera artificial que como tal representa una forma particular de vida y una forma más particular aún de asociación, una simbiosis social entre centenares, miles y millones de seres humanos.

Y sin embargo, tenemos que convenir en que ese espacio, esa biosfera, ese ecosistema humano, procede de nuestras propias decisiones y que tales decisiones son en su gran mayoría, y a pesar de tímidos intentos de control, espontáneas, inconexas,

esporádicas, dispersas y contradictorias y que, todas ellas, son el resultado de preferencias individuales, de razones subjetivas y en último término, de intereses particulares. Tenemos que convenir además que de la misma manera que se adoptó un cierto tipo de decisión pudo haberse adoptado, con los mismos o parecidos fundamentos, otro muy diferente.

De este modo, el entorno construido, el ámbito en que se desarrolla la vida y la actividad de gran parte de la humanidad, pasa a ser una forma del azar que se convierte en una ineluctable experiencia diaria que termina por crear una forma de uso, una forma de acción y de relación y en último término, una actitud vivencial que es una respuesta y una adaptación al medio creado.

Comenzamos creando un entorno y terminamos por someternos a él y por amoldarnos, inconscientemente, a nosotros mismos.

La relación profunda, la interacción entre el entorno creado y nuestra propia actividad se nos aparece hasta hoy como escasamente relevante. Sólo muy recientemente, y como derivación de estudios sobre conducta y vida de relación de especies animales, han comenzado a realizarse observaciones sobre la influencia que el medio artificial en que vivimos tiene sobre nuestras actividades diarias, nuestros hábitos, nuestras reacciones mentales y emocionales y sobre nuestra vida de relación.

Curiosamente sabemos muy poco, o casi nada, de los seres humanos, de sus motivaciones como especie o del mecanismo de su interacción; pero a pesar de ello tomamos decisiones que pueden influir y aún afectar profundamente la vida de millones de individuos en su conducta personal y social.

Por contraste, se conocen bastante bien los mecanismos de reacción, defensa emocional y relación entre especies animales. El fenómeno de relación, espacio social y territorialidad entre las aves ha sido estudiado por Hediger (1) y Gilliard (2).

Carpenter (3) y Calhoun (4) han demostrado experimentalmente el efecto de la saturación densitaria y la pérdida de espacio individual y social en colonias de renos y roedores. A partir de estudios como los señalados, ha comenzado a abrirse paso, en forma cada vez más consistente, la idea de que compartimos con el mundo animal el sentido de la territorialidad y el espacio personal, y que, tal como ellos, estamos sujetos a posibilidades de alteraciones patológicas de conducta cuando se rebajan ciertos umbrales mínimos.

(Desde la perspectiva humana, Chombart de Lauwe logró demostrar, hacia 1959, que una superficie mínima de 10 m² por habitante en una vivienda, constituía un umbral patológico, más abajo del cual se producían serias alteraciones de conducta y de relación entre los componentes de la familia habitante) (5).

Más recientemente, el antropólogo americano Edward Hall, en base a los estudios de Carpenter y Calhoun, ha realizado investigaciones sobre espacio y conducta social entre seres humanos en distintos contextos culturales (6).

Para nuestro propósito son especialmente significativos los trabajos de Calhoun en colonias de roedores a las cuales se ha sometido a un proceso acelerado de "densificación" y por consiguiente a una reducción progresiva de espacio individual y colectivo. El resultado del proceso fue una perturbación absoluta de la conducta individual, familiar y social de todos los componentes del grupo, con aparición de alteraciones patológicas y síntomas graves de stress o shock emocional.

La descripción de las alteraciones de conducta observada por Calhoun, incluye la ruptura de lazos familiares, abandono de crías, formación de pandillas, agresividad y dominación, pérdida

del sentido de territorialidad e invasión de sectores ajenos, alteración del rito de aproximación sexual, abortos, manifestaciones homosexuales, aumento de mortalidad infantil y materna y en fin, una aguda tensión emocional.

La conclusión evidente es que la falta de "espacio personal" llegó a dislocar las funciones y relaciones del grupo de tal manera que la des-organización culmina con la aparición de conductas desviadas que llega al colapso por stress acompañado de alteraciones fisiológicas.

El ejemplo que acabamos de reseñar y otros que pudieran darse, tanto o más significativos, lleva a preguntarse lo que una situación semejante puede significar para el animal humano. La congestión, el hacinamiento, la promiscuidad, la falta de espacio para recreación, el ambiente de miseria moral y deterioro físico que constituye el marco habitual de vida urbana en el mundo del subdesarrollo termina indefectiblemente por crear una subcultura, una "cultura de la pobreza", que es una respuesta social inseparable de la marginalidad, la miseria extrema y el deterioro en todas sus formas.

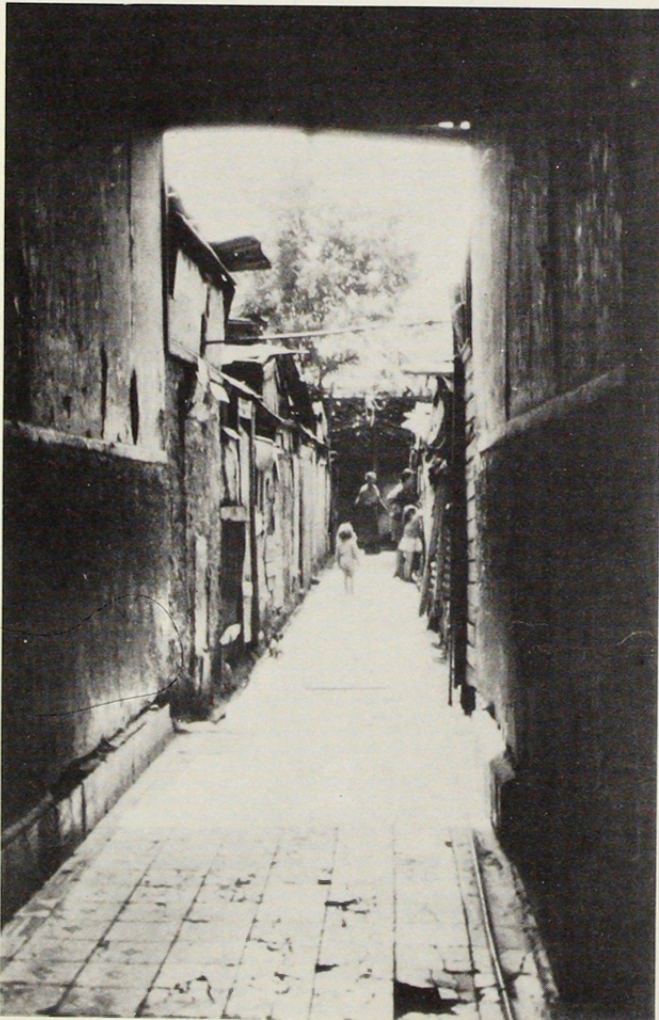
El antropólogo Oscar Lewis ha descrito las características de estas subculturas urbanas en los barrios de tugurios de Ciudad de México en que el trabajo esporádico, la mendicidad y el robo constituyen muchas veces el único ingreso del grupo familiar. En ellos la constitución y la estabilidad de la familia desaparecen, la violencia y la agresividad son manifestaciones cotidianas, el robo y la prostitución formas normales de subsistencia, sin contar con otras formas degradantes de patología social (7).

La indiscriminada construcción y destrucción se ha realizado en nombre del progreso y de acuerdo a los postulados del utilitarismo.





... de la suma de acciones y decisiones humanas, no necesariamente racionales ni justificadas, se va formando el vasto heterogéneo, y complejo espacio construido que llamamos ciudad.



... cuando la vida de la comunidad se ve destruida por la segregación, la marginalidad y la extrema pobreza...

Así, desde el ámbito de la antropología comienza a clarificarse en forma dramática la relación que existe entre deterioro ambiente y patología social, y sobre todo la similitud que existe entre este tipo de comportamiento humano y las situaciones descritas anteriormente derivadas de las experiencias de Carpenter y Calhoun.

El mecanismo de respuesta de los animales es instintivo y directo. El animal humano en cambio, extraordinariamente complejo, se defiende creando estructuras mentales compensatorias, pautas de comportamiento y mecanismos sociales, o anti-sociales, que le permiten sobrevivir en un medio carencial y adverso.

Es en este punto donde reside la clave del problema. La ciudad nacida como mecanismo de contacto y de interacción social ve como su objetivo primario y último comienza a desvirtuarse cuando el ambiente creado para la asociación se convierte en factor de desintegración social, cuando las ventajas de la concentración se ven superadas por las desventajas de la congestión, el hacinamiento y la saturación densitaria, cuando la vida de la comunidad se ve destruída por la segregación, la marginalidad y la extrema pobreza.

Entre todos los seres vivos el hombre es el único que ha terminado por construir un habitat en el que las condiciones ambientales atentan contra la salud física y mental de sus componentes, un entorno que niega las posibilidades para el normal desenvolvimiento de las relaciones humanas y en el que

la segregación física y cultural constituye una de las características más acentuadas de la "forma de vida urbana".

Conjuntamente con el proceso de edificación indiscriminado, el proceso de des-edificación también indiscriminado. En una obra reciente el sociólogo Pablo Huneus describía, desde un hipotético año 2010, el Santiago de 1975:

"Santiago era una tiña que se extendía por el valle central, arrasando chacras, derribando parrones, botando frutales, pisoteando historia y envenenando el agua. Era una plaga que transformaba el verde de la naturaleza en el gris de cemento, las araucarias en postes de teléfono, el campo en basural, el aire en humo y los estereros en cloacas.

A los niños los hacía hombres grises . . ." (8).

Esta tiña, esta plaga, estos niños grises sin contacto con la naturaleza, son, querámoslo o no, el resultado de nuestra propia acción y, lo que es más grave, de nuestros propios valores.

En el proceso de formación hemos procedido en forma arbitraria, sin sujeción a leyes biológicas o naturales (que por otra parte desconocemos), sin el conocimiento de los factores que regulan las relaciones entre individuos, familias y comunidades ni de aquellos que contribuyen a crear, o a destruir, el sentido de la comunidad y de la interacción social.

La indiscriminada construcción y destrucción se ha realizado en nombre del progreso y de acuerdo a los postulados del utilitarismo. El resultado es la deshumanización de la ciudad y del hombre mismo. El resultado es el triunfo de las fuerzas de la concentración - que constituye un excelente negocio para los menos- y de la especulación, que constituye un pésimo negocio para los más.

"Hacer ciudad", en este contexto no tiene futuro. La salvación exige un cambio profundo de nuestras actitudes y de nuestros



valores. Si entendemos HACER CIUDAD como la creación consciente de un entorno cuya calidad ambiental sea compatible con niveles de habitabilidad urbana para toda la población, resulta evidente que ello no puede darse en el contexto actual de la economía de mercado.

Si la ciudad es un "artefacto social", o, en las palabras de Gastón Bardet, un "espacio social", la única posibilidad de alcanzar niveles espaciales aceptables debe provenir, necesariamente, de aceptar que la tierra es un bien social. Los mecanismos para conseguir este fin no son difíciles, aun en el contexto económico actual. Bastaría revisar algunas legislaciones europeas, principalmente la Ley de Compensación de Mejoras de 1952 en Inglaterra. Pero este es ya otro tema y deberíamos dejarlo para una próxima ocasión.

NOTAS

- (1) Hediger H.:
"The Evolution of Territorial Behaviour"
N. York. Vintage Books, 1960.
- (2) Gilliard, E.T.:
"Evolution of Bowerbirds"
Scientific American, Agosto, 1963.
- (3) Carpenter, C.R.
"Territoriality, a Review of Concepts and Problems."
N. Haven, 1958.
- (4) Calhoun, John:
"A Behavioural Sink" :
N. York, Harper, 1962.
- (5) Chombart de Lauwe, Paul:
"Famille et Habitation".
Paris, Ed. C.N.R.S., 1959.
- (6) Hall, Edward:
"The Hidden Dimension".
N. York, Anchor Books, 1969.
- (7) Lewis, Oscar:
"La Cultura de la Pobreza".
Emece, 1968.
- (8) Huneus, Pablo:
"La organización social"
(En Chile 2010, una utopía posible").
Santiago, Ed. Universitaria, 1975.

